

## Á ESPAÑA

Roto el respeto, la obediencia rota,  
De Dios y de la ley perdido el freno,  
Vas marchando entre lágrimas y cieno,  
Y aire de tempestad tu rostro azota.

5 Ni causa oculta, ni razón ignota  
Busques al mal que te devora el seno;  
Tu iniquidad, como sutil veneno,  
Las fuerzas de tus músculos agota.

10 No esperes en revuelta sacudida  
Alcanzar el remedio por tu mano  
¡Oh sociedad rebelde y corrompida!

Perseguirás la libertad en vano,  
Que cuando un pueblo la virtud olvida,  
Lleva en sus propios vicios su tirano.

## MISERERE

15 Es de noche: el monasterio  
Que alzó Felipe Segundo  
Para admiración del mundo  
Y ostentación de su imperio,  
Yace envuelto en el misterio  
20 Y en las tinieblas sumido.

De nuestro poder, ya hundido,  
Último resto glorioso,  
Parece que está el coloso  
Al pie del monte, rendido.

25 El viento del Guadarrama  
Deja sus antros oscuros,  
Y estrellándose en los muros  
Del templo, se agita y brama.  
Fugaz y rojiza llama  
30 Surca el ancho firmamento,

Y á veces, como un lamento,  
Resuena el lúgubre son  
Con que llama á la oración  
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría, 5  
En honda calma reposa,  
Tan helada y silenciosa  
Como una tumba vacía.

Colgada lámpara envía  
Su incierta luz á lo lejos, 10  
Y á sus trémulos reflejos  
Llegan, huyen, se levantan  
Esas mil sombras que espantan  
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto, 15  
La regia cripta conmueve  
Ruido extraño, que aunque leve,  
Llena el mortuorio recinto.

Es que el César Carlos Quinto,  
Con mano firme y segura 20  
Entreabre su sepultura,  
Y haciendo una horrible mueca,  
Su faz carcomida y seca  
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada 25  
Frente con tenaz empeño,  
Como quien sale de un sueño  
Sin acordarse de nada.

Recorre con su mirada  
Aquel lugar solitario, 30  
Alza el mármol funerario,  
Y arrebatado y resuelto  
Salta del sepulcro, envuelto.  
En su andrajoso sudario.

« ¡Hola! » grita en son de guerra  
 Con aquella voz concisa,  
 Que oyó en el siglo, sumisa  
 Y amedrentada la tierra.

5 « ¡Volcad la losa que os cierra!  
 Vástagos de imperial rama,  
 Varones que honráis la fama,  
 Antiguas y excelsas glorias,  
 De vuestras urnas mortuorias  
 Salid, que el César os llama.»

10 Contestando á estos conjuros,  
 Un clamor confuso y hondo  
 Parece brotar del fondo,  
 De aquellos mármoles duros.

15 Surgen vapores impuros  
 De los sepulcros ya abiertos:  
 La serie de reyes muertos  
 Después á salir empieza,  
 Y es de notar la tristeza,  
 El gesto despavorido

20 De los que han envilecido  
 La corona en su cabeza.  
 Grave, solemne, pausado,  
 Se alza Felipe Segundo,

25 En su lucha con el mundo  
 Vencido, mas no domado.  
 Su hijo se despierta al lado,  
 Y destrás del rey devoto,  
 Aquel que humillado y roto  
 Vió desmoronarse á España,

30 Cual granítica montaña  
 A impulsos del terremoto.  
 Luego el monarca enfermizo,  
 De infausta y negra memoria,

En cuya Edad nuestra gloria,  
 Como nieve se dishizo.  
 Bajo el poder de su hechizo  
 Se estremece todavía.

5 ¡Ay, qué terrible armonía,  
 Qué obscuro enlace se nota  
 Entre aquel mísero idiota  
 Y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa  
 Y en silencioso concierto,

10 Todos los reyes que han muerto  
 Van saliendo de su huesa.  
 La ya apagada pavesa  
 Cobra los vitales bríos,  
 Y se aglomeran sombríos

15 Aquellos yertos despojos,  
 Aquellas cuencas sin ojos,  
 Aquellos cráneos vacíos.  
 De los monarcas en pos,  
 Respondiendo al llamamiento,

20 Cual si llegara el momento  
 Del santo juicio de Dios,  
 Acuden de dos en dos  
 Por claustros y corredores,  
 Príncipes, grandes señores,

25 Prelados, frailes, guerreros,  
 Favoritos, consejeros,  
 Teólogos é inquisidores.  
 . . . . .

Por mandato soberano  
 De Carlos, que el cetro ostenta,

30 Llega al órgano y se sienta  
 Un viejo esqueleto humano.

La seca y huesosa mano  
 En el gran teclado imprime,  
 Y la música sublime,  
 Que á inmensos raudales brota,  
 Parece que en cada nota

5

Reza y llora, canta y gime.  
 Uniendo al acorde santo  
 Su voz, los muertos despojos  
 Caen ante el ara de hinojos  
 Y á Dios elevan su canto.

10

Honda expresión del quebranto,  
 Aquel eco de la tumba  
 Crece, se dilata, zumba,  
 Y al paso que va creciendo,  
 Resuena con el estruendo

15

De un mundo que se derrumba:  
 « Fuimos las ondas de un río  
 Caudaloso y desbordado.  
 Hoy la fuente se ha secado,  
 Hoy el cauce está vacío.  
 Ya ¡oh Dios! nuestro poderío  
 Se extingue, se apaga y muere.

20

¡Miserere!  
 « ¡Maldito, maldito sea  
 Aquel portentoso invento  
 Que dió vida al pensamiento  
 Y alas de luz á la idea!  
 El verbo animado ondea  
 Y como el rayo nos hiere.

25

¡Miserere!  
 « ¡Maldito el hilo fecundo  
 Que á los pueblos eslabona,  
 Y busca, y cuenta, y pregona  
 Las pulsaciones del mundo!

30

Ya en el silencio profundo  
 Ninguna injusticia muere.

¡Miserere!

« Ya no vive cada raza  
 En solitario destierro,  
 Ya con vínculo de hierro  
 La humana especie se enlaza.  
 Ya el aislamiento rechaza:  
 Ya la libertad prefiere.

5

¡Miserere!

10

« Rígido y brutal azote  
 Con desacordado empuje  
 Sobre las espaldas cruje  
 Del rey y del sacerdote.  
 Ya nada existe que embote  
 El golpe ¡oh Dios! que nos hiere.

15

¡Miserere!

« Mas ¡ay! que en su audacia loca,  
 También el orgullo humano  
 Pone en los cielos su mano  
 Y á ti, Señor, te provoca.  
 Mientras blasfeme su boca  
 Ni paz ni ventura espere.

20

¡Miserere!

« No en la tormenta enemiga:  
 No en el insondable abismo:  
 El mundo lleva en sí mismo  
 El rayo que le castiga.  
 Sin compasión ni fatiga  
 Hoy nos mata; pero muere.

25

¡Miserere!

30

« Grande y caudaloso río,  
 Que corres precipitado,  
 Ve que el nuestro se ha secado

Y tiene el cauce vacío.  
 ¡No prevalezca el impío,  
 Ni la iniquidad prospere!  
 ¡Miserere!»

5 Súbito, con sordo ruido  
 Cruje el Órgano y estalla,  
 La luz se amortigua y calla  
 El concurso dolorido.  
 Al disiparse el sonido  
 10 Del grave y solemne canto  
 Llega á su colmo el espanto  
 De las mudas calaveras,  
 Y de sus órbitas huera  
 Desciende abundoso llanto.

15 A medida que decrece  
 La luz misteriosa y vaga,  
 Todo murmullo se apaga  
 Y el cuadro se desvanece.  
 Con el alba que aparece  
 20 La procesión se evapora,  
 Y mientras la blanca aurora  
 Esparce su lumbre escasa,  
 A lo lejos silba y pasa  
 La rauda locomotora.

**Marcelino Menéndez y Pelayo**

(B. 1856)

EN ROMA

25 ¡Y nada respetó la edad avara...  
 Ni regio pueblo, ni sagradas leyes!...  
 En paz yacieron extranjerías greyes  
 Do la voz del tribuno resonara.

No ya del triunfador por gloria rara  
 Siguen el carro domeñados reyes,  
 Ni de Clitumno los hermosos bueyes  
 En la pompa triunfal marchan al ara.

Como nubes, cual sombras, como naves, 5  
 Pasaron ley, ejércitos, grandeza...  
 Sólo una cruz se alzó sobre tal ruina.

Dime tú, ¡oh cruz! que sus destinos sabes:  
 ¿Será de Roma la futura alteza  
 Humana gloria ó majestad divina? 10

ELEGIA EN LA MUERTE DE UN AMIGO

¿Por qué dicen, señora,  
 Que es el dolor la tierra conquistada  
 Por el moderno reflexivo numen?  
 ¿No hay lágrimas de ardiente poesía  
 Hasta en el polvo más menudo y leve 15  
 De los sagrados mármoles de Atenas?  
 Hoy mismo, ¿quién podría  
 Llenar las soledades de tu alma,  
 Con voz más empapada de consuelos,  
 Que la solemne voz medio cristiana, 20  
 Présaga del dolor de otras edades,  
 Con que Menandro repitió en la escena:  
 «Joven sucumbe el que los dioses aman»?

Le amaron... sucumbió... ¡Triste destino,  
 Nunca cual hoy profundo y lastimero! 25  
 No sé qué vaga nube,  
 De futura tormenta anunciadora,  
 Cubrió mi frente, al encontrar perdida,  
 De un escoliasta en las insulsas hojas,  
 Esa eterna razón de lo que muere 30  
 Antes de tiempo y sin razón cortado.

¿Te acuerdas? Otro día  
 La vimos centellar con luz siniestra  
 En el campo purísimo y sombrío  
 Del amador toscano de la nada,  
 5 Que en versos no entendidos  
 Del vulgo vil, y á espíritus gentiles,  
 Como el tuyo, señora, reservados,  
 La secreta hermandad te descubriría  
 Del *amor* y la *muerte*.

. . . . .  
 . . . . .

10 Y quizá soñarías  
 Aplausos, y victorias, y loores,  
 Y el tronco de su estirpe,  
 Por él con nuevas y pujantes ramas  
 De perenne verdor engalanado . . .  
 15 ¡Alégrate, señora,  
 Que aun fué mejor su venturosa suerte!  
 Intacto lleva á Dios su pensamiento;  
 No deja tras de sí recuerdo impuro,  
 Y ni la envidia misma  
 20 Puede clavar en él la torpe lengua.  
 Blanco de ciega saña  
 Nunca se vió, ni de traición aleve,  
 Ni, rota el ara del amor primero,  
 Halló trivial lo que juzgó divino . . .

25 Acá le llorarán; allá en el cielo  
 Árbol será firmísimo y lozano  
 Lo que era germen en la ingrata tierra.  
 Yo le envidio más bien. ¡Qué hermosa muerte!  
 ¡Qué serena agonía,  
 30 Cual sintiendo posarse  
 Los labios del arcángel en sus labios!

¡Morir, no en celda estrecha aprisionado,  
 Sino á la luz del sol del Mediodía,  
 Y sobre el mar, que ronco festejaba  
 El vuelo triunfador del alma regia  
 5 Subiendo libre al inmortal seguro!  
 ¡Morir entre los besos de su madre,  
 En paz con Dios y en paz con los humanos,  
 Mientras tronaba desde rota nube  
 La bendición de Dios sobre los mares!